



*La Oración en el Huerto*

poco frecuentadas. Recuerdo con cariño, Señor, a tu “guardia pretoriana” ¡qué bien te sirven evangelizando y que lecciones de amor y martirio, a tu lado señor, han dado a este pueblo!. Los pasionistas y yo, Señor, formábamos equipo, tu lo sabes, cada mañana, a las ocho, te decíamos una misa en las Mínimas. Ellos por amor a ti Señor, yo, aunque también te quería cobraba un importante sueldo por mi trabajo. Con las treinta pesetas que me pagaba sor Francisca cada mes, me sentía un poco el jefe de todo aquello, el funcionario de la sacristía y del templo. Obviamente aquello marchaba, básicamente por mi. El padre Luis o el padre Julio, o el padre Pedro sólo tenían que decirte la misa Señor. Lo importante era lo mio, las velas, las luces, la colecta y todo eso... Estos frailes pasionistas, Señor de luz, son los que han hecho posible tu cofradía. Un Pio, Papa IX. En la segunda mitad del siglo XIX le dio forma canónica y en Daimiel nació con ellos siete

años después del comienzo del nuevo siglo. Y estos cofrades, Señor, a tu lado todo el año y al de la Virgen de la Guía, prolongan tu viacrucis en sus vidas más allá del Martes Santo y del rezo de las catorce estaciones ante la obra pictórica de García Pardo.

El Miércoles Santo. El Miércoles Señor, teníamos una visita obligada y poco piadosa, lo reconozco, pero muy práctica. El presidente y yo acudíamos a la barbería de D. Anastasio Terriza, amigo de padre y amigo mío, con la voluntad bien doblegada, pero consolándonos, eso sí sabiendo, por Real Decreto, que la negativa impediría el buen encaje del capillo en nuestras cabezas “y entonces no podríamos salir en la procesión”.

Esto sucedía siempre por la mañana. Por la tarde Señor, con las ideas más despejadas, en parte por el buen trabajo de Anastasio, íbamos a ver a la abuela que tanto te amaba y tanta devoción te tenía.